

Pintor de domingo

Es curioso descubrir, a diez años de su muerte, que un gran periodista chileno, Luis Enrique Délano, fue también un pintor notable. Un centenar de sus óleos, apuntes, acuarelas se mostraron en la sala de exposiciones La Casona de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile. Délano era un pintor de día domingo. Para cambiar de rutina tomaba un caballete y una paleta y salía a captar el esplendor de la naturaleza o pequeñas escenas de la vida.

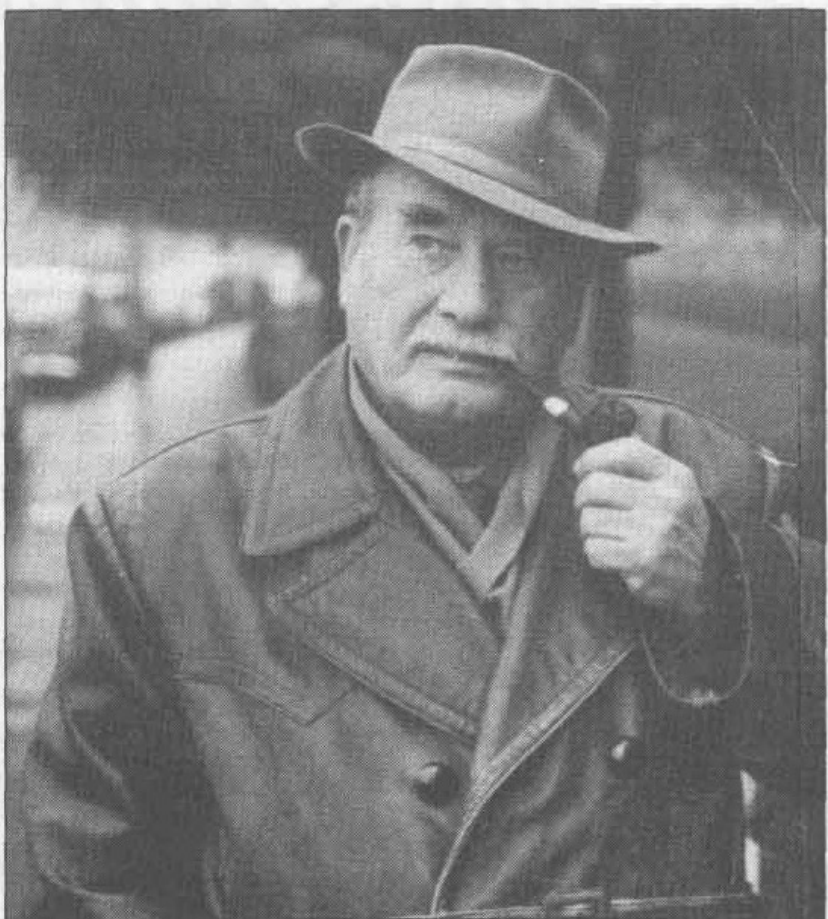
Vivía en Cartagena, cerca de la antigua estación ferroviaria, en una casa de madera que tenía la forma de un buque y que se llamaba así. La casa parecía de pronto que iba a navegar y que las frecuentes furias del océano se llevarían a Délano con todos sus amigos a un viaje sin ruta que terminaría tal vez en alguna isla paradisíaca.

Ahora nos enteramos de que esos cuadros dominicales exploraron los más diversos estilos. Fueron cubistas, expresionistas, *naïfs*, surrealistas. La verdad es que fueron creados como travesuras para olvidar por unas horas la máquina de escribir que acompañó a Délano casi todas las horas de su vida.

Sin duda Délano es uno de los maestros del periodismo chileno. Desgraciadamente, no existe ninguna recopilación de las miles de crónicas que escribió y en las que retrató a grandes personajes de la cultura o la política; a criminales, santos, aventureros, líderes, ídolos del cine.

El periodismo es un oficio que no da gloria. A los mejores cronistas se los traga el olvido un día después que se publican sus trabajos. Siempre hay nuevos acontecimientos que sepultan hasta los comentarios más lúcidos, los reportajes más estremecedores y documentados, las reflexiones más brillantes. El paso de los días acumula como papel viejo los diarios o las revistas o esfuma y archiva las imágenes de la TV o las voces radiales.

Délano fue director de la revista *Ecrán*, que leían obligatoriamente los espectadores que llenaban las salas de cine. Fue redactor de *El Mercurio*, *Ultima Hora* y *El Siglo*. Fundó dos revistas memorables, *Qué Hubo* y *Vistazo*. Debutó como escritor en lo que se llamó la "escuela imaginista", que cultivaba las ensoñaciones, las aventuras marinas, la nostalgia. El resto de su



producción literaria tiene el sello del periodista biológico que fue Délano: *El laurel sobre la lira*, *Puerto de fuego*, *El viento del rencor*. Durante algunos años sacrificó sus gustos naturales para servir a su militancia en el PC. Escribió una novela candorosa, *La base*, en el estilo del realismo socialista que sólo reconocía a héroes y villanos.

Todo esto en medio de una existencia que lo condujo también a la diplomacia. Fue secretario de Gabriela Mistral en Madrid en plena República, cónsul en Nueva York y colaborador de Pablo Neruda en México, donde el poeta terminó la primera parte de su carrera diplomática. Se encontró después con el vate en días gloriosos: Délano era embajador en Suecia cuando Neruda fue a Estocolmo a recibir el Premio Nobel en 1971.

Lo recordamos como a un hombre bondadoso que parecía un almirante sin barco. Era como un padre de todos. Nunca lo vimos furioso; tampoco cultivaba las insidias o los sarcasmos corrosivos que son tan frecuentes en la irreverencia de los periodistas. Murió en 1984, apenas algunos meses después de un largo exilio en México. Decía que no quería morir sin ver Cartagena de nuevo, que fue el escenario de muchos de sus días felices.

El que escribamos diez años después acerca de su trabajo y de su figura humana, significa que el viento -que se lleva todo- ha respetado sus huellas. Quiere decir que los periodistas no están condenados, inexorablemente, a ser sólo polvo de cementerio.